

Publicado el miércoles 09 de junio del 2010

EDUARDO J. PADRON: El precio de la belleza

By EDUARDO J. PADRON

Comenzó oficialmente la temporada de huracanes, así como nuestro verano playero. El intenso calor ya no nos abandonará hasta que el año vaya expirando. Serán meses activos para el clima por la influencia de factores oportunistas con nombres de infantes majaderos. Lo principal es mantenerse alerta y estar preparados. En Miami Dade College nos tomamos muy en serio toda esta eventualidad con la cual hay que vivir.

A diferencia de otros fenómenos que hacen parecer a los seres humanos como muy poca cosa ante la furia de la naturaleza, se me ocurre pensar en los terremotos, tsunamis o tornados, los huracanes tienen la gran ventaja de poder ser avizorados y seguidos con suficiente antelación en sus más mínimos detalles.

Creo que la vida en sí misma se desarrolla sobre esa dicotomía de asuntos previsibles y susceptibles de ser planificados y el albur, los accidentes, de los cuales podemos derivar una lección o una secuela.

Cuando la prensa habla del comienzo de la temporada ciclónica siempre llega el inquietante recuerdo del devastador Andrew y de cuanto fue capaz de alterar la presunción de la cual, en ocasiones, hacemos alarde por no tener nieve y contar con árboles que florecen casi todo el año.

Sentado a la orilla de nuestro privilegiado litoral, disfrutando de su azul intenso y del rumor de las olas, cerré los ojos por un momento y me perturbó la idea de que toda esta belleza literalmente envidiada por el resto del país se encuentra hoy seriamente amenazada por un grave error humano acontecido en la profundidad del Golfo de México, próximo a nuestras costas.

Le di mucho más valor a la vocación ambientalista del College que desde muy temprano introdujo en su currículum asignaturas y clases sobre la importancia de cuidar esta gran casa que todos habitamos.

De manera académica, profesional y personal, hacemos lo indecible por buscar el justo equilibrio entre las bondades del desarrollo económico que disfrutamos y sus excesos, con medidas que disminuyan la agresión al planeta. Se vuelve un hábito no dejar que la bolsa plástica en la playa se la lleve el viento y se hunda en el mar porque nunca será asimilada de manera natural y la lata de soda que recién consumimos encuentre su justo lugar en el sitio de reciclaje, por sólo citar dos ejemplos que mucho se repiten.

Es bueno recordar que el aire del sur de la Florida se encuentra entre los más respirables de la nación porque, afortunadamente, no tenemos la contaminación fabril de otros lugares y nuestra agua potable, ya se sabe, es más saludable que aquella que venden embotellada. Contamos, además, con ese gran pulmón de particular flora y fauna que son los Everglades, necesitados de estricto cuidado y vigilancia.

He visitado países donde el esmero por el ambiente suele ser una quimera. Algunos salen de

sistemas políticos sólo preocupados por el ejercicio duro del poder y recuerdan los beneficios de una naturaleza saludable para explotar indiscriminadamente su riqueza.

Otros cuentan con políticas ambientalistas envidiables y son capaces de crear un verano floridano en medio de un frío siberiano.

a belleza natural que nos rodea tiene un alto precio y es el de no cejar nunca en nuestra más mínima contribución para que permanezca. La hemos heredado de otras generaciones y estamos obligados a mejorarla y dejarla en herencia.

La impotencia que sentimos con el desastre acontecido en el Golfo debe ser la gran lección para que intervengamos en futuras decisiones cuando sospechemos de peligro en el hogar grande que todos compartimos.

Presidente del Miami Dade College.